

## LA LENGUA DE CERVANTES

El título que antepongo a estas páginas encierra una doble significación. Es ya vieja costumbre, y constituye ella el máximo honor para un poeta, designar con su nombre esclarecido la lengua toda que él ilustró con su pluma. La lengua de Cervantes alude entonces, en una especie de antonomasia invertida, a la de todos los escritores y los hablantes de España y de sus idiomáticos dominios. Y nadie duda lo que queremos decir con esa expresión, como con las análogas —la lengua de Shakespeare, de Camoens— cuando la usamos deliberadamente o se nos escapa en la fácil retórica del lugar común. Pero es que, además, en otras ocasiones nadie dudará de que la restituimos su preciso y concreto valor estilístico, por ejemplo, si decimos «la lengua de Cervantes» en un estudio léxico o gramático, donde cotejamos su riqueza y sus modos y matices con los de otros escritores españoles. Pues bien, pretendo con esta cordial divagación usar la frase a la vez en uno y otro sentido, transfiriendo su semántica en constante proceso de ida y vuelta, en trasiego de sinécdoque y viceversa, del individuo a la comunidad y de la sobrenación innumerable a la boca y a la lengua que articularon primigeniamente un modo intransferible de hablar castellano, que inventaron para los troqueles del patrio idioma el áureo cuño cervantino. Sólo así, superponiendo concéntricamente ambos círculos, el íntimo de un poeta que mereció los más estrechos abrazos de Apolo y el inmenso de los miles de millones que hablaron y hablarán la lengua magnificada por el «raro inventor», podremos darnos cuenta cabal del tesoro acumulado por los siglos y del en-

caje y contraste que se custodia en el cofre de los siete libros cervantinos.

Tenemos que hacer un asombroso esfuerzo de imaginación para intentar darnos cuenta de lo que realmente sucedió cuando la publicación de la primera obra que dió la medida exacta del genio de Cervantes. Miguel era ya conocido y muy estimado en las academias, tertulias y mentideros literarios como poeta sorprendente, extraño, un tanto anticuado o por lo menos anacrónico, más o menos feliz en la expresión, pero nunca vulgar. Era además reconocido como inventor de un teatro fértil, gustado a la vez de los doctos y del pueblo ingenuo y al que sólo faltó un poco más de suerte y no coincidir con el torbellino voraginoso de Lope, que arrastró a su vórtice toda brizna o arista de veleidad voluntariosa trágica, heroica o cómica. Las de Miguel no eran precisamente livianas, pero «Numancias» y «Confusas», con todas sus noblezas y sus ingeniosas trazas, quedábanse arcaicas y mostraban más indefensas y rechiantes sus viejas maquinarias, al contraste con la flamante y engrasada, deliciosamente suave teatralería del mozo dictador.

Finalmente, algunos recordaban que veinte años atrás Cervantes había inscrito su nombre en la serie todavía incipiente de las pastorales novelescas, con una «Galatea» no indigna de hermanarse a las brillantes «Dianas» y «Arcadias» de la moda. Pero todo ello junto no bastaba para situar al ya anciano poeta —Cervantes era por entonces exclusivamente un poeta, en el sentido más estricto de la palabra, poeta de verso, pues que la prosa galatea apenas era más que una mínima verde tierra necesaria para plantar y sostener las flores de su lirismo bucólico y neoplatónico—. A sus viajes y ausencias de la corte, a la pobreza de su fortuna hay que achacar el relativo olvido de una figura poética que se venía quedando atrasada ante el empuje de los nuevos rivales, deslumbrantes de imaginada pedrería y esgrimidores increíbles de celeridad, argucia y precisión vivacísimas. Cervantes tenía que parecer lento y pasado de moda ante aquellos sonetos granadinos o cordobeses, aque-

Los romances de moriscos y cautivos —él, el cautivo de verdad— nietos floridos de los fronterizos del gran tiempo, aquellas canciones y letrillas y fábulas mitológicas fulgurantes de reflejos ovidianos y anticipaciones de simbolista porvenir, aquellas comedias legendarias o costumbristas, fiesta delcitosas de los ojos y regalo suavísimo de los oídos.

Y sin embargo... Algo debía emanar de la noble cabeza de Miguel, algún flúido secreto irradiaría de sus ojos alegres, cierta inequívoca prestancia de los dichos sentenciosos de aquella lengua suya, maestra en la ironía tornasolada, ahora bondadosa, luego maligna, siempre discreta y sazonzada de honestas sales, cuando todos ante su presencia inesperada se sentían tocados de voluntad de respeto. Sin duda, le bastaba a Cervantes dejarse ver para hacer sentir en torno suyo la presidencia del genio virtual.

La famosa carta de Lope no deja lugar a dudas. «Don Quijote» era ya popular en la comidilla de los profesionales cuando aun faltaban varios meses para que las prensas terminasen su impresión. Se le esperaba y quizá se le temía. Un nuevo Cervantes iba a mostrarse en toda la majestad de su genio, y esta vez, sin el «handicap» de su verso rebelde, esta vez en la misma prosa hablada que todos conocían de admirarla y temerla en la conversación humana y cordialísima del estupendo fracasado que sólo había sabido ganar con su pluma unos pocos ducados de la gente de teatro y las tres cucharas de plata de las justas de San Jacinto.

Y he aquí que aparece «El Ingenioso Hidalgo» y la sorpresa y desconcierto superan todas las previsiones. Ensayemos, pues, el solicitado esfuerzo imaginativo. Pongámonos, en la medida de lo posible, dentro del pellejo de un buen aficionado a las letras de 1605 que merca a Juan de Robles un ejemplar de su «Quijote», todavía fresca la tinta, y se dispone a leer aquellas páginas apretadas de no muy elegante e impecable tipografía. Y como es lógico, va en busca del prólogo. «Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo con-

travenir a la orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?»

Y el desocupado lector, que empieza por verse así llamado por vez primera en la tradición protocolaria de los prólogos, se queda literalmente turulado. ¿Qué lenguaje es ése que el autor le habla? ¿De dónde le viene ese humilde orgullo, esa escéptica confianza, ese humor buenhumorado? Y el lector no sabe a qué carta quedarse. Si a la de la soberbia ambición de aspirar a ser el libro de los libros o a la de la modesta confianza del escrúpulo y de la llaneza casera y cotidiana. Peregrino lenguaje el que le aborda y le asalta, tan exabrupto y tan exquisitamente cortés en su contravención de las normas del buen uso. Porque, ¿dónde se ha visto, en qué prolegómenos de qué poeta o historiador, desde que el libro es libro, quién ha autorizado jamás ese modo de presentarse con su plática «monda y desnuda, sin el ornamento de prólogo, ni de innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse»?

Porque ésa es otra. Ni el tal prólogo lo parece, ni el propileo de exámetros y endecasílabos encomiásticos se alza con la debida seriedad y reverencia. Y el estupefacto desocupado se restrega los ojos al topar donde aguardaba al Licenciado Fulano, al Marqués de Zutano o al familiar Perengano, con Urganda la Desconocida, con Belianís de Grecia, con Solisdán, el Donoso, «poeta entreverado» y hasta con un diálogo entre Babiaca y Rocinante. «Tomé de Burguillos» todavía no había nacido o al menos se hallaba en edad tan tierna que aún no podía pensar en coronarse de laureles de los de los escabeches de Laredo. Su padrino y sosias Lope, por el contrario, imprimía sus volúmenes de gran poesía heroica, acribillando las márgenes de latinicos

y abreviaturas de nombres raros y gloriosos y embutiendo en el texto los más cosmógrafos y empecatados vocablos.

Todo el sedicente prólogo era una formidable broma y contundente varapalo a costa de las costillas del poeta de la «Jerusalem Conquistada». No dejaba de comprenderlo, o al menos de vislumbrarlo, según los grados de su cultura y las nuevas de su chismografía, el ya regocijado lector. El cual, depuesta toda actitud de escándalo o de asombro, se dispone a internarse por un lugar de la Mancha en busca de inesperadas aventuras, con la seguridad de que lo que le aguarda a la vuelta de cada página es algo no imaginado antes de otro alguno.

Pues bien. Si ahora, dejando a un lado la cuestión esencial de la invención absoluta de un libro, de un género literario y de un modo de ver y reflejar el mundo, nos atenemos exclusivamente al aspecto idiomático y estilístico, podremos empezar a comprender cómo nuestro hipotético lector se va habituando pronto a un modo, a un aire expresivo que si al principio le coge de nuevas y se le hace inverosímil, de puro alejado de todas las envaradas retóricas de la buena educación humanista, le va ganando luego poco a poco, con su radiante simpatía, se le infiltra y le empapa de su humor sutil, le envuelve y le ilumina de un resplandor risueño y meridiano, y finalmente le columpia en la numeral cadencia de una música desconocida que respira y canta sus períodos con generosa amplitud nunca hueca y enfática, salvo en casos de delicada parodia, ingenua y maliciosa a un tiempo, equilibrada, elástica y regada de savia saludable y feliz hasta los últimos límites de cada cláusula. El castellano parece que se estrena y pasma de hallarse tan nuevo y tan niño, tan sin apresto ni tiesura, y sin embargo tan sabio y fiel de centenarias tradiciones. Así no se había escrito nunca en la lengua imperial de Castilla. Así, absolutamente así, tampoco se había hablado, excepto cuando el que conversaba se llamaba Miguel de Cervantes. «Escribo como hablo», sentenció Valdés. Y Cervantes habla y escribe como siente.

Un siglo entero de plenitud gloriosa del idioma todavía

no había agotado la variedad, la posibilidad expresiva de nuestra lengua. Goticismos y platerías de Calixto y Celestina, transparencias de Garcilaso, prodigalidades de Guevara, arranques generosos de Granada, sublimes armonías del otro Fray Luis, tosquedad de Bernal y deleites parlados de Teresa, y ya entre los vivos recién llegados, reverberaciones de Don Luis e increíbles matices naturales de los versos de Lope. Pero faltaba lo mejor. Y lo mejor era esa elegancia flexible, esa maleabilidad obediente para luego quedarse firme en la talla definitiva, ese maridaje indisoluble entre lo moral y lo estético que es el secreto de la luz y de la gracia cervantina. Yo no lo sabré expresar, porque para encontrar el modo de decirlo hay que robarle la pluma a Cervantes, y eso me da no precisamente miedo, que con él no es posible tenerlo, sino hondísima vergüenza; pero sin saber expresarlo lo siento yo, como lo sentía el lector súbdito de Felipe II, como lo sientes tú, lector que me lees y me soportas porque estoy hablando de él, y nadie que de él hable te es indiferente. Y para el caso, el lector de hoy, 1947, cuando el alma cristiana de Cervantes cumple sus cuatro siglos de vida inmortal, es lo mismo que sea de esta España europea que de cualquiera de las otras Españas lingüísticas de Ultramar. Todos nos reconocemos hermanos en la lengua y en ella hijos de la paternidad cervantina.

Pasaron, pues, los años, pocos años. Cuando Cervantes publica las «Novelas Ejemplares» y se autorretrata ante la posteridad con rasgos de simpatía inmarcesible y luego vuelve a autorretratarse en movimiento en la «Adjunta al Parnaso» y en el prólogo y dedicatoria del «Persiles», cumbre nevada y sublime de su estilo incomparable, ya el milagro se había hecho en la conciencia de miles de españoles. Cervantes había encontrado la solución más simbólica y bella de la expresión castellana. La había logrado en la prosa, como Garcilaso ochenta años antes en el verso. Uno y otro serán piedra de toque para contrastar legitimidades y quilates. Con la diferencia de que en el verso, si no ley nueva, caben todavía matices y músicas no oídas hasta llegar a la españolía total y a la nueva émula naturaleza de Lope de

Vega. En la prosa, Cervantes cierra. Y todo lo mejor que venga después son reflejos de él mismo o estilismos personales que no abren cauce porque se abrevian y agotan en su propia narcisa esterilidad.

Esto que hoy lo vemos claro no dejaba de sentirlo de un modo o de otro el lector contemporáneo. Y ya digo que hoy no quiero tratar de las otras excelencias de la invención cervantina, aún, si cabe, más trascendentes que la del idioma porque se extienden no sólo a los amplios dominios de la lengua, sino a los ilimitados del espíritu universal. Pero ciñéndonos sólo a nuestro tema, sentenciaremos que a partir de los últimos años de la vida del que llamó Navarro Ledesma el ingenioso hidalgo Miguel, comienza a realizarse el prodigio antonomástico y la lengua de Cervantes se convierte en «la lengua de Cervantes».

Para que esto suceda es menester que la proyección del estilo cervantino se arroje, no ya sobre el área de la península, desde Lisboa a Valencia en el mismo año de la primera salida de «Don Quijote», sino allá lejos por las nuevas y más anchas Castillas cuyos Tajos y Guadianas se llaman Amazonas y Orinocos y cuyos Pirineos y Sierras Morenas se remontan más altos que los cóndores y yerguen con sus nieves sus nombres andinos de reduplicante onomatopeya. Y no han transcurrido muchos años cuando empiezan a verse entre las manos de navegantes, exploradores, encomenderos, oidores, como aquel del «Quijote», que ya con un hermano en «el Pirú» marcha también a Sevilla a embarcar en la flota de Nueva España, ejemplares del gran libro. El castellano de Extremadura, de Andalucía o de Castilla, que nuestros antepasados enseñan amorosamente y conservan en la intimidad de sus familias criollas, va encontrando en el libro favorito la clave de sus modales retóricos y va reconociendo el habla cervantina como la ley a la que se someterán gustosas generaciones de estudiantes que sueñan con pisar un día las tierras estampadas por los cascos de Rocinante. Y la lengua de Cervantes es ya español universal.

Poco falta para que cervantistas de excesivo idolátrico celo, imitando a los ciceronianos del Renacimiento, promul-

guen el «ne varietur» en torno al léxico y a la sintaxis cervántica y exijan carta de naturaleza quijotesca a toda expresión más o menos novedosa y atrevida. Tal impertinente necesidad, de la que se habría reído a sus anchas Cervantes, no es más que la caricatura pedante y dómine de un dogma de gusto y de tolerancia que, sin saberse cómo, se ha ido perfilando en la conciencia de millones de lectores.

Y ese dogma establece que entre los mil posibles, históricos y futuros modos de entender nuestra lengua, hay uno ejemplar y espontáneo, inocentemente supremo, que es el uso y medida inventado por Cervantes, tan vario de armonías e intenciones entre la candorosa idealidad galatea y la cristalina elegancia persílica, pasando por los primores ejemplares y los donaires entremesiles, para esplender con todos esos y otros matices variados en el tesoro inagotable del gran libro.

En cuanto a su eficacia y crédito americano, más hondos y vivos si cabe que en la propia metrópoli, lejos de amenguar con el tiempo, han ido creciendo con los siglos. Cervantes miró siempre con particular ilusión al mundo maravilloso y remoto de las Indias, que tentaba su sed de aventura.

El aspirante a un cargo por una de aquellas tierras calientes, de tan buen conformar que presenta en su instancia varias posibles soluciones al problema de su quehacer en los ultramares, sin excluir la posibilidad de gobernar o corregir Soconusco guatemaltecos o remansos virreinales, quedó ciertamente en casa, pero no fué por su voluntad, sino por la falta de información de las curialescas oficinas. Y el pobre Cervantes se vió condenado a buscar su aventura de todos los días por los trillados caminos de sus héroes novelescos. Uno de ellos, pero no novelesco, sino teatral, realiza el ensueño de su padre espiritual dando el salto a la Nueva España. Fray Cristóbal de la Cruz, en el siglo Cristóbal de Lugo, después de llenar toda una primera jornada con sus picarescas nocturnidades entre el hampa sevillana, cumple la segunda en Méjico, cargando sobre sus hombros las culpas de una pecadora.



No hay «color local», ni lo pretende Cervantes en esta comedia. No gustaba de inventar atmósferas exóticas, como no fueran las hiperbóreas, que constituían ya una tradición literaria de siglos. Pero ahora no tratamos del realismo de Cervantes. Aludimos nada más a su simpatía americana, a la atracción que la parte más lejana y prerromántica del orbe hispánico ejercía sobre su vocación andariega y curiosa. No quiso Dios que, como su riguroso coetáneo y cabal «anti-prójimo» Mateo Alemán, pudiese zarpar en un galeón para seguir el camino del sol. Estemos seguros de que de habersele cumplido ese deseo no hubiera impreso en Indias su «Ortografía Castellana». Quizá tampoco un «Quijote», y eso hubiéramos salido perdiendo. Para el alumbramiento del libro divino fué preciso que su creador acumulara experiencia de la vida italiana, de la gesta mediterránea y de la gehena africana, sin contar su rodar por caminos y andurriales de todas las tierras de España. Hubiera vivido Cervantes luengos años en América, y a lo mejor sería hoy el autor de otro «Bernardo», pues no le faltaban arrestos para intrincarse en otra selva de Ardenia o bosque virgen de octavas reales. Pero la opinión del librero que le dijo que de su prosa podía esperarse mucho, pero de su verso nada, si cruel, no dejaba de tener su congrua de razón, y el propio Cervantes implícita y melancólicamente se la otórga refiriéndonoslo.

Ello es que Cervantes no pudo embarcarse y ganamos la seguridad del «Quijote». Y América puede conformarse con don tan generoso y que es tan suyo como de España. Porque la lengua de Cervantes, es decir, el español en cuanto sellado definitivamente de impronta cervantina, lo tienen por tesoro suyo todos los grandes y medianos que del otro lado del Atlántico han sentido la llamada de la vocación literaria o poética. Repetidas veces hemos aludido al nacimiento de una nueva conciencia del idioma en los días mismos de la ancianidad, gloriosa al fin, de Cervantes. Hemos tratado de hacer el esfuerzo de imaginación que se requería para adivinar cómo sonaba a inédito el tono, el acento de la prosa cervantina. Seguir ahora paso a paso la conversión

de ese estilo personal en paradigma y espejo de hispano-escribientes supondría una tarea tan deleitosa como considerable, demorada y minuciosa que no se puede intentar en el curso de un ensayo breve y sin acumular todo un aparato de citas y correlaciones estilísticas, más propio de la revista filológica que de la rúbrica del mundo hispánico. Algún día habrá de ensayarse ese proceso analítico, en el que se pongan a contribución no sólo la materia léxica y fraseológica, sino el sutil respirar del acento, la gracia del ritmo y, lo que es más incoercible y esquivo, el espíritu que anima el prodigio lingüístico con su unidad individua de la moral y de lo estético, como arriba apunté. Por decirlo en una sola frase más o menos acertada, en su simbolismo provisional, fruto de la intuición más que del estudio, Cervantes se alzó con la monarquía del idioma por un puro azar de simpatía. Otros le superan en esto o en lo otro. Ninguno le alcanza en la virtud de congraciarse inmediatamente con el ánimo de cada lector, de hablarle —y sentir el lector que así es— de tú a tú, de corazón a corazón. Y por eso su lengua es ya hoy de todos y se ha convertido en el campo donde convergen americanos y españoles, poetas y eruditos, innovadores y arcaizantes, académicos y rebeldes, seguros todos de hallar en ella el ejemplo de la medida en la audacia, del gusto en la fantasía y de la sinceridad en el humor.

Y no es que el idioma español haya de anclar inmóvil en la rada cervantina o en la bahía de nuestro revuelto siglo. Sin duda, navega y navegará alejándose cada día más de la lengua de Cervantes. Pero pensamos, y creo que con razón, mirando hacia atrás, que las nuevas rutas seguirán siempre hacia el mismo norte marcado por la imantación de aquel piloto genial. En efecto, si Cervantes nos dejó ejemplo de conducta con el heredado idioma, lo hizo no por vía de cristalización, sino de libre, abierta y generosa fluencia, desdeñosa de menudos escrúpulos gramáticos y alegre y nueva de movimiento y desembarazo. Así debemos escribir siempre los españoles, reflejando en nuestra andadura literaria el modo resuelto, gallardo y noble de nuestra marcha

por los caminos del mundo. Lo diré con palabras prestadas del gran Bocángel:

«Llega España a los Pórticos fieles,  
rompiendo sendas de topacio entero;  
que España, desde Oriente hasta el Ocaso,  
no sabe andar sino rompiendo el paso.»

Lengua de Cervantes, modelo de Palmas, o Montalvos, como de Pereda y Unamuno o de Martí y Darío. Lengua de Cervantes, semilla ayer y hoy árbol gigantesco cuya sombra nos ampara y reúne a ambos lados del «mar español». En ella nos encontramos siempre y nos encontraremos y, siguiendo su estilo, con ella nos salvaremos en la eternidad del espíritu.

GERARDO DIEGO.

